

La verdadera historia de Chencho

La verdadera historia de Chencho



Me llamo Inocencio Alonso, pero incluso ahora, a mis cuarenta y cinco años, todo el mundo me sigue llamando Chencho. Los que tengan esa edad, e incluso algunos años menos, me recordarán porque en 1963 formé parte del elenco de una de las películas más famosas del cine español, *La gran familia*, aquella en que mis catorce hermanos y yo se las hacíamos pasar canutas a mi madre y a mi padre, Carlos Alonso, aparejador de profesión, papel interpretado por el gran Alberto Closas. En aquella película había una escena célebre en la que yo, el día de Nochebuena, en compañía del abuelo -qué inmenso Pepe Isbert- y de cinco de mis hermanos vamos a la Plaza Mayor de Madrid a ver los belenes y comprar adornos, y yo me pierdo, causando gran conmoción no sólo en mi familia sino en toda España, que tras conocer la noticia se moviliza para dar con mi paradero. La historia nunca se ha contado como en verdad ocurrió porque el cine, con su afán de llegar a todos, dio su particular versión, pero hoy yo estoy dispuesto a que se sepa esa verdad.

Es cierto que yo iba de la mano del abuelo y que en cierto momento me desasí de ella, quedándome rezagado. Puede que el abuelo no se apercibiera del detalle, pero lo cierto es que cerca de uno de los soportales que conducía al Arco de Cuchilleros yo me quedé alelado viendo cómo un tipo rubio, con aspecto centroeuropeo y una edad muy parecida a la que hoy yo tengo, interpretaba sin descanso la canción de Harry Lime, el tema central de la película *El tercer hombre*, tocando un misterioso instrumento que yo hasta entonces jamás había visto. Aquél instrumento era una cítara, una especie de triple guitarra con tres órdenes de cuerdas cuyo hechizante sonido de notas superpuestas me conquistó durante varios minutos. Parecía, sin embargo, como si a aquél tipo nadie le hiciera caso. Iba bien vestido y a sus pies no había cubilete o bolsa alguna que hiciera pensar en el reclamo mendicante de unas monedas a los paseantes. Con los ojos medio entornados consagraba sus afanes a la interpretación de la pieza del maestro Anton Karas, que repetía una y otra vez en una especie de melodía sin fin hasta que, llegado cierto momento, se detuvo en seco y me preguntó mi nombre en un perfecto castellano que cuadraba mal con su aspecto suizo o alemán. Se lo dije, y luego recité de carrerilla el nombre de todos mis hermanos y el de mis padres, le hablé de mi abuelo y de mi padrino -el *Padino-búfalo*, como yo le llamaba en la película, excelente José Luis López Vázquez, por cierto-, y entonces él me dijo que yo era un niño muy simpático y con mucha imaginación. Esto último era verdad -o eso decían en casa-, aunque lo cierto es que no sé cómo pudo llegar a concluir tal cosa. El caso es que me dijo que si me apetecía visitar *el paraíso de los juguetes*, un lugar donde se

La verdadera historia de Chencho

guardaban numerados y fuertemente custodiados todos los juguetes y regalos que los Reyes Magos repartirían la noche del día cinco de Enero, o sea, apenas un par de semanas después. Le dije que mi abuelo y mis hermanos tal vez estarían preocupados buscándome, pero arguyó que eso no iba a constituir impedimento alguno porque él mismo se encargaría de detener el tiempo y de hacerme volver a ese soportal de la Plaza Mayor a la misma hora en que me lo había encontrado tocando la cítara. Así, no pude negarme a acompañarle.

El tipo dijo llamarse Matías Niemeyer y haber nacido en Viena, la capital de Austria, aunque, la verdad, para mí que hablaba igual de claro que las gentes de Cuenca. Me confesó que desde hacía quince años trabajaba para los Reyes Magos de Oriente, concretamente dirigiendo uno de los grupos de proveedores para España y Portugal, encargándose de almacenar los juguetes que ese año hubiesen lanzado al mercado los fabricantes -la mayoría procedentes de la provincia de Alicante-, así como de poder dar cumplida respuesta a las cartas que cientos de miles de niños enviaban a los monarcas de Oriente desde los diferentes pueblos y ciudades de la península ibérica.

Para llegar al *paraíso de los juguetes*, Matías me invitó a subir a su vehículo, que en realidad era un tranvía pintado de amarillo por dentro y por fuera y en el que, literalmente, fuimos navegando por toda la ciudad hasta llegar a uno de los barrios en que por entonces aquella terminaba, concretamente Villaverde. Me sentía temeroso y afortunado a un mismo tiempo, surcando un Madrid frío y nevado en aquél tranvía junto a aquél misterioso tipo a quien había conocido tocando un extraño instrumento de música. En el tranvía no había ningún número ni ninguna clase de publicidad, tan sólo un cartelón grande que lo atravesaba de atrás adelante y que decía PARAÍSO DE LOS JUGUETES. *DIRECTO.*

El lugar era una especie de polígono industrial aislado, allí donde la ciudad perdía su nombre, un amasijo de grandes naves en cuyas puertas había unas enormes pizarras sobre cuya superficie venían apuntadas unas cifras y unas letras que apenas conseguí entender. Matías me dijo que en cada pizarra aparecían los lugares de destino de los juguetes que dentro de esa nave se guardaban. Mientras tanto, un ejército de hombres acarreaba cientos de juguetes en camiones que apostaban junto a las puertas de cada nave. Le pregunté si se podía visitar alguna de esas naves y él respondió que todo en este mundo es posible, incluso que alguien como yo estuviese allí. Entramos en una enorme donde guardaban todos los juguetes con destino a Extremadura, Andalucía occidental y el sur de Portugal. Jamás había visto -ni imaginado- tal cantidad de juguetes junta: muñecas, trenes, mecanos, coches variados, uniformes de todos los equipos de fútbol, scalextrics, madelmanes, juegos

La verdadera historia de Chéncho

de cocina y maquillaje... Me hubiera gustado que Crispulo, el más travieso de mis hermanos, hubiese visto aquello, aunque sé que unas horas después, cuando se lo explicara, no me creería. Ni él ni nadie.

El viaje de vuelta en el tranvía junto a Matías tuvo su cosa de tristeza y melancolía, aunque yo, en realidad, me sentía verdaderamente conmovido por todo lo que había visto en aquellas horas mágicas. La ciudad, taciturna y nevada, parecía ponernos una alfombra de gala a nuestro paso, pero nadie reparaba en nosotros, y eso que a esa hora la gente salía de los cines y los teatros de Gran Vía y Fuencarral, y había un barullo de taxis y coches elegantes conformando una hermosa melodía de ruido urbano sobre la incipiente madrugada. Matías abandonó el tranvía en la calle de Arenal, y tras recoger del pescante del mismo su cítara envuelta en una vieja funda de color gris, subimos caminando por la calle de las Postas. Cuando coronamos la suave pendiente y desembocamos en la Plaza Mayor, la luz lo invadió todo y el reloj de la plaza volvió a marcar las dos de la tarde, la hora en que me había encontrado con Matías Niemeyer rasgando sobre las cuerdas de su cítara la canción de Harry Lime. Matías me acompañó hacia el soportal que conectaba con el Arco de Cuchilleros y allí me encontré a mis hermanos, que con lágrimas en los ojos me pedían alguna explicación por mi extravío. El abuelo estaba llorando desconsoladamente, con su ronca voz, maldiciéndome y maldiciéndose a sí mismo, pero también estaban papá y mamá -bellísima Amparo Soler Leal, pocos meses antes de morir al dar a luz al último de nuestros hermanos-, y la policía municipal, y la televisión, y el locutor Jesús Álvarez diciendo *Señores telespectadores, Chéncho, nuestro pequeño Chéncho, por fin ha aparecido*, y mucha gente que yo no conocía. Mis padres se lanzaron a abrazarme y papá me preguntó que qué había pasado. Le dije que algo maravilloso que jamás podría olvidar, y entonces me giré hacia el rincón donde me había encontrado unas horas antes con Matías y le vi desfundar su cítara para interpretar la canción de Harry Lime. Nadie entendió nada pero Matías, en medio de uno de sus hermosos arpegios, me guiñó el ojo, desde lejos, y desapareció entre el tumulto junto con su melodía, cuyo rumor fue apagándose entre los vítores del gentío. Yo entonces me sentí un ser infinitamente afortunado.

CARLOS DEL POZO

La verdadera historia de Chéncho